

PALABRAS



Homenaje a Francisco González Luís

Leandro Trujillo Casañas

La Laguna 31.10.2025



Francisco González Luís

1940 — 2025

Estimados amigos: intentaré hilvanar unas breves palabras siguiendo el pensamiento espontáneo que suele revivir recuerdos comunes.

Desde Los Realejos se contempla un amplio paisaje con marcado declive hacia el mar, cuyo azul se une —a lo lejos— con destellos de espejos sobre las olas; no es necesario decir que suele ocurrir que desde una atalaya como esta, un joven sueña en lo que está detrás del horizonte en el sentido de escenarios de mayor amplitud; lo que se contempla sugiere ensoñaciones que se mezclan con realidades y pensamientos de mayor rango, de hecho, todo lo que vemos son imágenes del mundo

que sugiere esta ventana abierta a la trascendencia.

Quizás la estampa grabada en la retina infantil de los años 1940 no está tan alejada de la propia que contemplaba — desde el mismo sitio— Joseph de Viera y Clavijo en su niñez —doscientos años antes—.

Ciertamente, la salida al mundo está indisolublemente asociada al compromiso del trabajo y el estudio —inculcado por sus padres y primeros maestros—. Así fue, sin temor a los sacrificios, hasta conseguir el nivel que se haría evidente en la vocación universitaria y en la actividad cultural.

Compartimos amores con ‘Guerea’ , la dama
a la que cantó inspiradamente Arturo
Maccanti, adornada con peinetas de
gárgolas del tiempo.

Es la misma recoleta y ensimismada ciudad
que emocionó a Pedro García Cabrera. Poeta
de metáforas encendidas y símbolos que
laten entre recuerdos y evocaciones que
brotan al paso por esas plazas y calles
trazadas a cordel.

Leo una de las estrofas del poema dedicado
a La Laguna:

*Campesina es mi raíz,
pero mi traza es de hidalgo
y amo estas calles, las quiero
con todos mis verdes altos,
estas calles que se alejan*

*hacia los silencios mansos
que se duermen en la frente
del buey redondo del llano.
Por estas calles yo he ido
con mis libros bajo el brazo,
desde las ágiles aulas
al lento Camino Largo...*

Mis palabras de hoy —debo decirlo— están
unidas a la línea imperecedera de los
afectos, una llama que arde en lo más
íntimo junto al agradecimiento que siento
hacia Francisco González Luis, que ha sido
en las últimas décadas alfil de la cultura
literaria y musical en esta balsa de
piedra en la que vivimos, más allá -
incluso- porque trasciende.

Sus valores están en la rosa del viento,
se dispersan como la luz al pasar por un

prisma de cuarzo, con intensidad firme y duradera; energía que refuerza la confianza en el hombre; como dejó escrito Terencio poeta latino del siglo II antes de Cristo —Soy hombre: nada de lo humano me es ajeno—.

Hace cierto tiempo —que no se olvida— 19 de marzo de 1984, se cumplía el 450º aniversario del nacimiento del Padre Anchieta [José de Anchieta nació el **19 de marzo de 1534** en **San Cristóbal de La Laguna**, Tenerife (Islas Canarias, España), y murió el **9 de junio de 1597** en **Reritiba** (actual **Anchieta**, en el estado de Espírito Santo, Brasil)]. Estuvimos presentes en la celebración que tiene marcado acento religioso, si bien todo indica que la obra

del Apóstol del Brasil abarca un extenso campo del saber ilustrado.

Se inicio entonces una etapa, que aún está vigente, de regeneración de la memoria del santo lagunero que por entonces casi se reducía al testimonio de la genial escultura del galardonado escultor Bruno Giorgi, donada a la ciudad que lo vio nacer en 1960; monumento que se inauguró en un acto público con banda, con himnos y banderas de Brasil y España.

Con el paso del tiempo la Glorieta del Brasil es vista como “nudo gordiano” que dificulta el tráfico rodado en aumento espectacular desde entonces; todo un

estorbo —se ha dicho por activa y pasiva—. La solución ha sido el corte Alejandrino y se ha llenado con gruesas vigas que ocupan con desmesura todo y asciende en torbellino metálico; una vez más, a pesar de los deseos expresados con sentimiento anchietanos, la espléndida escultura se arrincona, ya no es el centro evocador que ha sido en los últimos 65 años. Compartimos el sueño de ver algún día el Paseo del Brasil sobre el soterramiento, sería resolver inteligentemente el tajo que la autopista

produce entre norte y sur de la gran La Laguna.

Recordemos —no obstante— que en 1984 la Ciudad de los Adelantados llevaba cinco años con una corporación elegida democráticamente que fue ariete de un ilusionado optimismo por conseguir cambios sociales mediante la cultura y la educación, un propósito compartido por la generación de 1968 -a la que pertenecemos- y en sintonía con el pensamiento de don Enrique Tierno Galván.

Se inician gestiones para salvaguardar la Casa del Padre Anchieta —Plaza del Adelantado 10— coincidente con la aceptación de nuestro argumento para su

declaración de Bien de Interés Cultural
BIC con categoría de monumento histórico
artístico en 1986; que incluye una zona de
protección de 50 m., de radio en todo su
perímetro.

Se compartía notablemente un anhelo de
renovación y nos llenábamos de entusiasmo
contagioso. Se inician los estudios sobre
la vida y obra de José de Anchieta, labor
realizada fundamentalmente por los
profesores de filología clásica de la
Universidad de La Laguna; el primer fruto
fue la publicación de un libro '*José de*
Anchieta, vida y obra' en el que
Francisco González Luis puso empeño y
pluma, hasta verlo editado ¿Puede ser
considerado este libro como el germen de

una etapa nueva en la valoración del Fundador de Sao Paulo? Todos los datos lo confirman, a pesar de la tardanza que produce la inercia implantada.

En efecto es el primer tratado publicado en Canarias sobre la vida y obra de Anchieta. Se extendió este campo de exploración a su valiosa obra literaria hasta entonces algo dormida en los estantes de bibliotecas y archivos.

La figura del Padre Anchieta es naturalmente guía y ejemplo; la voluntad, la tenacidad persistente, la creación y la entrega generosa, fue importante para el impulso cultural iniciado al final de la década de los años 1970; nos sentíamos

inmersos en una misión; se sentía alegría, y todo ello, despertó el ánimo de la participación de la juventud en libertad; con fervor de novicios despertamos nuestro «buey dormido» a favor de la actividad de las instituciones de cultura; son tiempos de esfuerzos por convencer de lo importante que son las asociaciones para la vida de la Sociedad Civil participativa.

La música coral —hoy en auge esperanzador— se vuelve a oír en La Laguna; siguiendo los pasos del Maestro Borguño, Manuel Hernández Martín, Padre Adán y —desde la navidad de 1979— con los primeros pasos del Encuentro Coral Ciudad de La Laguna -que este año celebra

su 46 aniversario; se refuerza el canto con ecos de largo alcance de la mano del gusto lagunero por la música.

La Coral Universitaria, el Coro del Liceo Taoro -Orotava- se forman CON LA DIRECCIÓN de Francisco González Luís; Carmen Cruz Simó es el gran valor del canto coral; brillante directora, maestra de coros y profesora en el Conservatorio Superior de Música; se suma a la actividad Juan José Falcón Sanabria, compositor y director de coros, destaca su enorme actividad en Las Palmas ¿Quién no recuerda su composición 'Chácaras Blancas' ?

Quisiera revivir algo de la coordinación de una grabación histórica —primera

grabación mundial en directo— de la sinfonía nº 10 de Heitor Villa-Lobos “Amerindia” -con textos del Padre Anchieta- que se realizó en el Paraninfo de la Universidad de La Laguna, en diciembre de 1998. La Orquesta Sinfónica de Tenerife y los coros ‘Coral Universitat de Illes Balears’ ; Coral Reyes Bartlet; Coro de Cámara de Tenerife; Coro del Conservatorio Superior de Música de Tenerife; se editó un CD magnífico, con libreto redactado por Francisco González Luis. Este concierto extraordinario de la 10ª de Villa-Lobos es una ofrenda al Padre del Brasil, en el seno de la conmemoración en La Laguna del Congreso Internacional IV Centenario de Anchieta —entre el 9 y el 14 de junio de 1998—.

En todo esto, él ha estado y está -se puede decir- puesto que el fluir de la vida no se desvanece de repente, conserva un trazo que no se extingue ni se disuelve como azucarillo en el agua; todo lo contrario, está impreso en la memoria colectiva de sus contemporáneos, de sus amigos y allegados, de su compañera Maricruz y sus hijos Marta, Javier y Samuel y continúa con sus nietos Daniel y Matilda.

Nos parece que la vida no se limita al tiempo comprendido entre los dos destellos del nacimiento y muerte; creemos que va más allá en su alcance; se extiende, se reparte y queda impregnada en la naturaleza, en el rocío de la mañana sobre

la hierba o en las brisas marinas que se hermanan en el blanco encaje espumoso de las olas en las faldas de la Isla.

Sentimos que las trayectorias —que se conforman al vivir— se encadenan mediante eslabones de tiempo que lo que es la vida en el sentido más amplio de la existencia; van quedando moldes para ser ocupados por los que llegan al relevo y entrega de la antorcha, como bien nos lo recuerda la escultura alegórica de *Anna Hyatt*

Huntington que se colocó en la Ciudad Universitaria de Madrid, donde hoy está desde 1955; generación tras generación de universitarios la han contemplado con emoción —también nosotros— precisamente cuando es más intensa la mirada juvenil

ilusionada hacia el futuro que nos parece estar extendido en un tiempo de enormes dimensiones e inexplorado.

Ha dicho José Ortega y Gasset que en la conciencia de la brevedad de la vida reside su hondura. Si la vida no tuviera fin, carecería de urgencia; si fuera eterna, no habría que elegir.

El ser humano se hace tiempo y debe decidir: qué amar, qué hacer, qué dejar.

Esa necesidad de escoger es la raíz de toda autenticidad. Nuestro amigo —a ojos vista— asumía el reto: la existencia se justifica en el acto de realizarse, en el

empeño de darle forma antes de que se agote.

La finitud no es, entonces, una tragedia, sino una medida. El tiempo nos encierra, sí, pero también nos esculpe.

Solo quien advierte que los días están contados puede vivir con plenitud, con esa lucidez que transforma la fugacidad en sentido.

Así, cada vida, aunque breve, puede ser una obra: una forma en el tiempo. En tal ámbito sólo podemos trazar líneas tenues, por dónde pasa física y espiritualmente, es la trayectoria personal y única de cada uno.

Miguel Hernández, el poeta de la hondura espiritual, lo transmite en los versos de su poema *‘El alma colmenera’* que es un canto a la perseverancia y fidelidad al espíritu creador que trabaja en el interior —como colmena— para transformar el sufrimiento en dulzura, la herida en miel:

*Seguiré con el alma colmenera,
labrándola en mi pecho hasta la muerte.
Seré del alba el ruiseñor ardiente,
de la noche la estrella pregonera...*

Un abrazo, querido amigo, imagino que
sonríes